

(Transcripción)

Roma (Vaticano), 12 de octubre del 2000

Congreso Internacional Teológico-Pastoral:  
“Los hijos, primavera de la familia y de la Sociedad”

Chiara Lubich: **“La evangelización de los hijos”**

Autoridades eclesiásticas, autoridades civiles, señoras y señores:

El tema propuesto para este momento de nuestro Congreso (La evangelización de los hijos), es muy importante para nuestros hijos, para las familias, para la comunidad eclesial y para la misma sociedad civil. De hecho, lograr transmitir los valores del Evangelio a las nuevas generaciones significa realizar una convivencia más solidaria y de elevado carácter ético hoy y, sobre todo, poner las bases para que continúe en el futuro.

Existen varios modos de transmitir el Evangelio. Yo me limito a hablar de lo que conozco, es decir, de la experiencia de educación evangélica de los niños del Movimiento de los Focolares que tengo el honor de presidir.

En la ‘educación’, entendida como “camino hacia un deber ser” religioso, moral, de conducta, cultural y social de los hijos del hombre, concurren muchos agentes, a menudo en sinergia entre ellos. Ante todo están los padres y la familia; después la escuela infantil y primaria, la comunidad eclesial con sus ámbitos y especialistas en formación, la pandilla espontánea, los medios de comunicación social.

Limitaré nuestra reflexión a la familia.

¿Cómo podrán desempeñar los Padres y las familias su misión de educadores de la mejor manera posible? Ante todo comprometiéndose al máximo con los recursos pedagógicos propios que derivan del sólo hecho de ser padres; recursos potenciados por la experiencia personal y por el eventual patrimonio cultural, ofrecido por el contexto social en que viven. Se trata del primer e insustituible instrumento educativo, que todos los padres poseen por naturaleza.

Pero existe también una perspectiva más amplia y más alta. Los padres cristianos creen que sus hijos entran en la dimensión existencial como un “proyecto de inmortalidad”. El proyecto de Dios para el hombre es una vida que comienza débil e indefensa, crece y se afirma en la interacción con las criaturas y la creación, supera la muerte y entra en la perenne novedad de la condición divina, para llegar a ser y vivir como “hijo de Dios”<sup>1</sup>. Se trata de la aventura humana de Cristo que, para vivirla, tuvo que ser “acogido y ayudado a crecer”<sup>2</sup> por una sencilla y pobre familia, como dijo Juan Pablo II; esa familia podía ser “sencilla y pobre”, pero ciertamente poseía aquellos recursos espirituales y humanos adecuados para la formación de aquel Hombre.

Y toda familia debe creer en el amor de Dios, el cual junto al don de la vida, prepara para cada uno de sus hijos el ambiente donde crecer y el camino que recorrer.

Pero, ¿cuál es el camino? Nosotros lo conocemos: “Yo soy el camino –dijo Jesús-. Nadie viene al Padre, sino a través de mí” (*Jn* 14, 6). Educar a un hijo significa, en último análisis, hacer que se

<sup>1</sup> Cf. L. Macario, *L'educazione religiosa*, en N. Galli, *Vogliamo educare i nostri figli*, Vita e Pensiero, Milán 1985, p. 272.

<sup>2</sup> Juan Pablo II, *Angelus* 26-12-1999, en *L'Osservatore Romano*, 27-28 diciembre 1999, p. 9.

encuentre con Jesús. La frase “dejad que los niños se acerquen a mí” (Mc 10, 14) es la sublime síntesis del método educativo evangélico para una formación no sólo religiosa, sino integralmente humana.

¿Acaso hace dos mil años habría sido más fácil encontrar a Jesús? No sé... La historia de la salvación camina y Cristo sigue estando con nosotros, como había prometido. Y los *varios modos de estar presente como prometió*, son los puntos de contacto entre la familia y Él.

Me gustaría examinar brevemente dos de esos modos, muy en sintonía con el núcleo familiar.

La primera presencia de Jesús está contenida en su conocida y explícita declaración que dice: “Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy presente en medio de ellos” (Mt 18, 20). Por lo tanto, Jesús está presente donde estamos unidos, que significa, según muchos Padres de la Iglesia y la tradicional interpretación del Magisterio, estar unidos en Él, en su voluntad, en la práctica, en el amor recíproco, que es su mandamiento<sup>3</sup>.

Pues bien, ¿una familia o dos esposos pueden establecer esa condición con la cual, según Orígenes, Cristo es “atraído y provocado”<sup>4</sup> a estar presente entre sus miembros?

Todos constatamos que la familia ya es un tejido de amor, de amor humano que une al padre con la madre; a los dos con los hijos; a los hijos con los padres; a los hijos entre ellos y también con los tíos y abuelos; los tíos con los sobrinos y los abuelos con los nietos. Si la familia acoge también el amor divino que la vida cristiana le ofrece, el amor divino que es infundido en sus corazones por el Espíritu Santo, entonces Cristo realmente podrá establecerse en esa familia, potenciando, entre otras cosas, la gracia del sacramento del matrimonio.

Los padres que se aman de este modo llevan a Jesús a casa.

¿Cómo es este amor humano-divino, el amor evangélico? Prácticamente, ¿cómo se ama según Jesús?

Aquí es realmente necesario centrar nuestra atención para comprender aquella que, de alguna manera, puede llamarse *el arte de amar* de Cristo. Es exigente. Es un amor que *ama a todos*. Es un amor que *es el primero en amar*. Es un amor que *ama siempre*, que nunca acaba. Es un amor que entra en la realidad del otro, que sabe *hacerse uno* con el otro. En fin, es un amor que *en el otro, en cualquiera, ve y ama a Jesús*, según sus palabras... “A mí me lo hiciste” (Mt 25, 40).

Si en una familia los esposos se aman y aman de ese modo, volviendo a empezar siempre, sabiendo morir a sí mismos por amor al otro, ese amor recíproco, que hace presente al Maestro en casa, atraerá a los hijos. De hecho, forma parte del orden natural de las cosas que los hijos tiendan a imitar el comportamiento de los padres. Si es así, tomando en consideración solamente el aspecto humano de la familia, ¿qué sucedería si a esto se añadiera la gracia del sacramento y la presencia mística de Jesús entre ellos?

Yo tengo la suerte de recibir cartas de muchos niños, porque la parte juvenil de nuestro Movimiento comprende también a los niños pequeños; y puedo comprobar la acción educadora espontánea, digamos, de una familia que trata de vivir el amor evangélico.

“Ayer papá me pidió que fuera al sótano a buscar vino –me escribe Betty, de seis años, de Milán-. Bajando las escaleras, estaba oscuro, tuve miedo. Después le recé a Jesús y sentí que Él estaba cerca de mí. A veces hablo con Jesús. El otro día estaba en mi cuarto haciendo los deberes y empecé a hablar con Él; le dije muchas cosas y no hubiera querido dejar de hablar con Él. ¿Sabes?, cuando hago un acto de amor, siento una cosa bonita dentro, como si alguien me felicitara y me dijera gracias. Pienso que ese alguien es Jesús”.

<sup>3</sup> Cf. C. Lubich, *Escritos Espirituales/3*, ed. Ciudad Nueva Madrid 1998, p. 171 y sig.

<sup>4</sup> *Commento al Cantico*, 41, p. 13 94 B.

Una mamá francesa me escribió: “Antes de acostarlos, rezo de rodillas sobre la alfombra con los dos mayores. Anoche Ruth me hizo notar que David, el menor, seguía jugando. ‘Déjalo’, le dije, ‘ese es su modo de rezar’. Así nos recogimos y rezamos las oraciones de la noche. Cuando abrimos de nuevo los ojos, David estaba a mi lado con sus manos juntas. ‘¿Has visto, mamá? –me dijo Cathrine- si nosotros amamos, Jesús le enseña”.

Otra presencia de Jesús, significativa para el tema que estamos abordando, es la presencia en su Palabra.

Con relación a nuestra experiencia espiritual, podemos decir, y es lo que repetimos, que “nacimos con el Evangelio en las manos” y seguimos así. Elegimos una frase para poner en práctica durante un mes en nuestra vida de cada día. Así nuestra existencia es “evangelizada” y está inmersa en Dios, *totalmente* presente en cada fragmento de su Palabra. Con esa sencilla técnica pedagógica de la gradualidad y de plenitud, Dios nos ha llevado a hacer una experiencia espiritual y educativa fuerte y en constante expansión. Es una experiencia que abraza también a nuestras familias y las familias de las comunidades que se congregan alrededor de los Focolares y que comparten nuestra misma aventura espiritual.

Y en estas familias, como para los hijos pequeños se parte en trozos el pan cotidiano, también es necesario *explicar por partes el Evangelio*. ¿De qué modo? Exactamente como nosotros, los adultos, hacemos. Elegimos, cada mes –como he dicho-, una frase con sentido completo, con un comentario aprobado por la Iglesia, comprensible a todos, y tratamos de vivirla en las pequeñas o grandes ocasiones del día, casi compitiendo con los hijos en un santo y alegre espíritu de competición. Si papá y mamá cuentan por la noche cómo lograron vivir como cristianos los acontecimientos del día, será espontáneo para los hijos hacer lo mismo, contando sus experiencias. Son momentos en que *responsabilidad y reciprocidad* tejen de un modo admirable la relación familiar”<sup>5</sup>.

En los niños, que crecen en familias así, la formación diaria con una mentalidad según el Evangelio es espontánea, eso los llevará a considerar a las personas y a las situaciones como Jesús, con su modo de pensar. Aprenderán a ver en la humanidad la gran familia de los hijos de Dios, y a usar las cosas de este mundo con un espíritu puro y solidario, contando con una recta jerarquía de valores que los guiará siempre en la vida.

Ciertamente, llegarán también para ellos pruebas y periodos de crisis y de búsqueda; sobre todo en la adolescencia y en el comienzo de la juventud; conoceremos su rebeldía y protesta; pero ninguna de sus actitudes, por grave que sea, tendrá que paralizar o apagar nuestra caridad para con ellos. El arte de amar, que Jesús nos enseñó, nos indicará cómo “hacernos uno” hasta el fondo, en las distintas etapas de su crecimiento; pondrá en nuestros labios las palabras apropiadas de corrección, nos mantendrá siempre abiertos al diálogo y a compartir sus intereses. Sabremos “perder tiempo” con los hijos. Sabremos crear amistad con ellos y ser sus confidentes. Pero, si la rebeldía persiste, mantendremos siempre la puerta de casa abierta y reconoceremos en nuestro dolor el dolor de Cristo crucificado, que también vivió el abandono de parte de todos, incluso del Padre. La aceptaremos, como hizo Jesús, permaneciendo serenos.

Pero creemos (y muchas experiencias nos confirman esto) que todos los valores depositados en ellos, permanecerán grabados para siempre, porque en el momento más importante de la sus vidas, cuando se ponen las bases de la personalidad y del carácter tuvieron la gran suerte de encontrar a Jesús, presente entre los padres, presente con su Palabra en sus vidas. Porque realmente los niños saben vivir, mejor que nosotros, con generosidad y totalidad, la Palabra de Dios.

---

<sup>5</sup> Cf. G. Milan, *Disagio adolescenziale e strategie educative*, Cleup Padua 1999, p. 56 y sig.